

Día de la Reforma

Dr. Justo L. González



Puerto Rico
31 de octubre de 1990

Día de la Reforma

Permítaseme ante todo agradecer al Obispo Malpica y al Sínodo del Caribe.

Todavía recuerdo la ocasión en que por primera vez hablé aquí en Puerto Rico en celebración del Día de la Reforma. Era el año 1961. Tres meses antes acababa de llegar yo por primera vez a esta Perla del Caribe, a enseñar en el Seminario Evangélico, armado de título doctoral fresquecito, y de alguna ciencia, pero no tanta sabiduría.

Vuelvo ahora, 29 años más tarde, a hablar sobre el mismo tema en el mismo lugar, y armado de un poquito más de sabiduría—de esa sabiduría que dicen que tiene el Diablo, no por sabio, sino por viejo. En el entretanto, he perdido ya la cuenta de las veces que he tenido que hablar o que escribir sobre Lutero, sobre la Reforma, y sobre nuestra herencia como protestantes.

A todas luces, esta ocasión en 1990 debería resultarme más fácil que aquella otra, cuando todavía muchacho se me invitó a hablar en 1961. Y sin embargo, lo cierto es lo contrario. Era más fácil hablar de la Reforma y su significado entonces que hoy. En el 1961 nos gloriábamos de que los hijos de la Reforma le habíamos devuelto la Biblia al pueblo. En el siglo XVI, Lutero y otros protestantes tradujeron la Biblia de los originales hebreo y griego a sus idiomas vernáculos, haciéndosela llegar al pueblo. En reacción a ello, el Concilio de Trento decretó que la Biblia oficial de la Iglesia Romana era la Vulgata, y a partir de ello se hicieron las escasas y

costosas traducciones autorizadas por la jerarquía. Por ello, quien en el 1961 andaba con una Biblia bajo el brazo, o quien la leía a su compañero de trabajo, de seguro era protestante.

Pero entonces, en el 1962, vino el Segundo Concilio Vaticano, y nos agitó la fiesta. A partir de entonces, la Iglesia Romana ha producido magníficas traducciones de los idiomas originales, y en varios países de Latinoamérica distribuye más Biblias que los protestantes.

En el 1961 nos gloriábamos de que nuestros cultos tenían lugar en el idioma del pueblo—en nuestro caso, en castellano. Nuestros cultos sí se entendían—no como esas misas que el cura farfullaba en latín, y que a veces parecía que ni el mismo cura las entendía. Nuestro pueblo cantaba. Cantaba himnos que se entendían, con música que se podía cantar. En la misa, a veces, cantaba el cura, o cuando más un coro, y ¡quién sabía lo que decían!

Pero entonces, en el 1962, vino el Segundo Concilio Vaticano, y en esto también nos agitó la fiesta. La misa se tradujo al idioma del pueblo. La gente empezó a cantar. Los músicos católicos del pueblo empezaron a componer. Y hoy, mientras los hijos de la Reforma seguimos cantando himnos compuestos en Alemania o en Norteamérica, en la misa se escuchan la maraca y el bongó, y el Credo se canta con ritmo de danzón.

En el 1961 nos gloriábamos de que en nuestras iglesias se alimentaba al pueblo predicando la Biblia. En las iglesias católicas, la predicación era infrecuente, y cuando tenía lugar la mayoría de

las veces no pasaba de exhortación moral o disquisición doctrinal. En las nuestras, en cambio, se abría la Biblia, y el pueblo podía escuchar la enseñanza de la Palabra de Dios.

Pero entonces, en el 1962, vino el Segundo Concilio Vaticano, y una vez más se nos agitó la fiesta, pues a partir de entonces la predicación sobre un texto del Evangelio se ha vuelto de rigor en la misa.

Es por todas esas razones, y otras muchas de la misma índole, que en el año 1961 era mucho más fácil celebrar la Reforma que en el año 1990.

Claro que muchos de los cambios propuestos por el Segundo Concilio Vaticano se han cumplido sólo a medias, y que todavía le queda mucho por andar a la Iglesia Romana. Pero bien triste sería nuestra situación si todo lo que pudiéramos hacer en esta ocasión fuera alegrarnos de los defectos y los fracasos del prójimo.

Lo que esto quiere decir es que ya no podemos darnos el lujo, como me lo di yo aquel Día de la Reforma de 1961, de celebrar la Reforma diciendo lo buenos que somos, o las ventajas que tenemos sobre otros hermanos u otros grupos. Lo que tenemos que hacer, al contrario, es lo que Lutero nos enseñó a hacer, y lo que siempre hemos dicho que es la base de nuestra fe y de nuestra identidad como protestantes: ir a las Escrituras, no sencillamente para que nos

confirmen lo que ya creemos o lo que ya somos, sino también y sobre todo para que nos abran nuevas perspectivas, para que nos traigan Palabra fresca de Dios para el día de hoy.

Sobre esa base, quisiera llamar la atención de ustedes a un texto que nos es bien conocido, pero que me parece tener especial importancia para nosotros hoy: Hechos 2:1-18.

Cuando llegó el día de Pentecostés estaban todos unánimes juntos. De repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablaran.

Vivían entonces en Jerusalén judíos piadosos, de todas las naciones bajo el cielo. Al oír este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. Estaban atónitos y admirados, diciendo: —Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo, pues, los oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido? Partos, medos, elamitas, y los que habitamos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto y Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y las regiones de África más allá de Cirene, y romanos aquí residentes, tanto judíos como prosélitos, cretenses y árabes, los oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios.

Estaban todos atónitos y perplejos, diciéndose unos a otros: —¿Qué quiere decir esto?

Pero otros, burlándose, decían: —Están borrachos.

Entonces Pedro, poniéndose en pie con los once, alzó la voz y les habló diciendo: —Judíos y todos los que habitáis en Jerusalén, esto os sea notorio, y oíd mis palabras, pues estos no están borrachos, como vosotros suponéis, puesto que es la hora tercera del día.

Pero esto es lo dicho por el profeta Joel: —En los postreros días —dice Dios—, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán;

*vuestros jóvenes verán visiones
y vuestros ancianos soñarán sueños;
y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas, en aquellos días
derramaré de mi Espíritu, y profetizarán.”*

Hemos leído un texto que nos es harto conocido. Pero, precisamente por sernos tan conocido, se nos hace difícil escuchar lo que nos dice. Estamos aquí tocando el misterio de lo sagrado. Pero tanto lo hemos tocado y tanto lo hemos manoseado, que nuestras manos están encallecidas, y ya no nos quema. Tenemos aquí el resplandor mismo de Dios. Pero tanto lo hemos mirado que nuestros ojos están ciegos, y ya no vemos.

Empero, acerquémonos al texto de otro modo. Acerquémonos como Lutero allá en su celda de monje, cuando con temor y temblor lucha con un texto harto conocido. "El justo por la fe vivirá", dice la Epístola a los Romanos. Los contemporáneos de Lutero se saben el texto de memoria. Sus maestros lo han estudiado y requequé estudiado. Sí, está bien. El justo por la fe vivirá. Lutero conoce todas estas interpretaciones. Cualquiera de ellas le bastaría para predicar el sermón del próximo domingo, o para una conferencia en la Universidad de Wittenberg. Texto manoseado hasta el punto que las aristas parecen haberse gastado. Pero texto que para Lutero es Palabra de Dios, y por tanto fuerza sobrecogedora que le impacta desde fuera, que se niega a ser contenido o retenido en las interpretaciones de los eruditos, o en las palabras banales de los predicadores que lo repiten una y otra vez. Y porque Lutero se acerca a aquel texto de ese modo, el texto quema, el texto duele, el texto mata, el texto da vida, el texto hace historia.

Así, con ese espíritu de quien se quita las sandalias de los pies, porque holla en suelo santo, veamos de nuevo lo que nos dice este conocido y gastado texto de Pentecostés.

Cuando así lo miramos, hay en este texto muchos elementos que nos intrigan. Esta noche, quisiera invitarles a centrar nuestra atención sobre uno de esos elementos, que frecuentemente pasa desapercibido: ¿Quiénes son éstos que "burlándose, decían: Están llenos de mosto"? ¿Cómo es posible, me pregunto yo, que, en vista de tal milagro, haya quien se atreva a burlarse? Hay allí presentes gente de varias partes del mundo. Gentes que normalmente no se entenderían entre sí. Y ahora, de manera inesperada, todos entienden lo que dicen estos galileos. ¿Cómo es posible que alguien se atreva a burlarse? La respuesta es bien sencilla. Los burladores no perciben el milagro porque son personas que esperan entender lo que se dice. Un visitante de la lejana Partia, que no esperaba escuchar su propia lengua, se sorprendería, especialmente al ver que un Capadocio a su lado también entendía las mismas palabras. Empero un nativo de Jerusalén, alguien que estaba acostumbrado a entender todo lo que se decía, tendría más dificultad para percibir el milagro. Y por eso se burlan. Se burlan de los discípulos que hablan, y se burlan de los otros que les rodean, y que están actuando como si algo extraordinario estuviera sucediendo. "¿A qué viene tanto alboroto?" se preguntan. "Esos galileos hablan en nuestra lengua; pero esa es la lengua que habla todo el mundo en estas partes." Y llegan por tanto a su conclusión: "Están llenos de mosto."

Mis hermanos, mis hermanas, lo que tenemos aquí es un caso más de un tema que aparece repetidamente en las Escrituras: Quienes más aventajados parecen estar para escuchar lo que Dios está diciendo son frecuentemente los que menos escuchan. No perciben el milagro, porque esperan comprender lo que se dice; y precisamente por eso, porque dan por sentado que van a comprender, no comprenden.

Pero hay otra razón todavía más profunda por la que las gentes no perciben un milagro como éste: porque si de veras vieran en él la acción de Dios, les trastornaría la vida.

Miremos por unos momentos a aquel grupo de burladores. Entre ellos se encuentra el anciano Zedequías, habitante de Jerusalén. Toda su vida ha trabajado para mantener a su familia. Ahora está jubilado, gozando de sus últimos años. Cuando salió a caminar esta mañana dejó en casa a su esposa Rebeca, preparando una buena comida para sus hijos y sus nietos, que vienen esta noche para celebrar la fiesta judía de Pentecostés. Es una hermosa mañana. El paseo ha sido agradable. Zedequías está contento. La vida es buena.

Pero ahora, al darle vuelta a la esquina, se tropieza con esta algarabía. Entre los que están causando alboroto, hay un anciano, quizá de la misma edad que el propio Zedequías. Pero sus ojos brillan con nueva vida, como si estuviera soñando de nuevo los sueños de la juventud. Y Zedequías dice: "Están llenos de mosto". Pero lo que de veras quiere decir es, "si no me cuido, y me dejo llevar por esta gente, se me acabó el retiro, y se me acabó la tranquilidad." Y hay

también allí unas jóvenes. Una de ellas se parece a su nieta Miriam. ¿Qué tal si Miriam empezara a comportarse de ese modo? ¡Ni que Dios lo quiera! Y esa otra mujer, es de la edad de Rebeca. Debería estar en casa, cocinando para su familia, y no haciendo el ridículo aquí en medio de la multitud.

"¡Qué vergüenza!", se dice Zedequías, "están todos llenos de mosto". Y con esa fácil respuesta se vuelve a su casa, . . . y a su esposa, ... y a su familia, . . . y a su cena de Pentecostés, . . . y a su retiro tranquilo, . . . y se pierde el milagro!

Pero ¿qué de nosotros? ¿Vemos nosotros el milagro? ¿Estamos siquiera dispuestos a ver el milagro de la acción de Dios en nuestros días? ¿O estamos tan contentos y satisfechos con nuestras vidas, con la rutina que nos hemos establecido, con la seguridad que nos hemos creado, tan temerosos de una vida distinta, que cuando Dios actúa en medio nuestro nos tapamos los ojos y los oídos, y todo lo resolvemos diciendo que "están llenos de mosto"?

"Y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán", dice el texto. Hace tres años, estaba yo dando unas conferencias en la ciudad de Cali, en Colombia. Una tarde, una familia me llevó a ver la ciudad—los padres, una hija que era estudiante del seminario donde yo estaba dando mis conferencias, y un hijo de unos dieciocho años de edad. Vimos las amplias avenidas y los bellos hoteles que los turistas siempre ven. Pero también vimos el mar de casuchas de lata y de cartón donde viven los millares que han tenido que dejar sus tierras, unas veces debido al tráfico de

drogas y otras porque los poderosos les han quitado las tierras. Esa semana había llovido, y los callejones entre las casuchas estaban inundados. Por todas partes, en las calles mismas en que jugaban los niños, flotaba el excremento humano. Mientras pasábamos por ese barrio, el joven que iba con nosotros me contaba que él y otros amigos tenían un programa de radio. "La gente en Colombia no sabe que esto existe", me decía. "O si lo saben, no saben por qué. O tratan de olvidarlo. Por eso yo vengo acá todas las semanas, hago entrevistas con la gente que vive aquí, y luego el sábado las transmitimos por radio. Hay gente que se molesta con lo que hacemos. Pero tenemos que hacerlo."

Poco más tarde, cuando estábamos solos el padre de aquel joven y yo, aquel hombre me miró con ojos a los que asomaban las lágrimas. "Por eso me lo van a matar", me dijo. Ya yo sabía lo próximo que me iba a decir: las barbaridades en que se meten estos jóvenes de hoy; ¿de dónde sacarán esas ideas?" Pero no. Aquel padre dolido y temeroso se enjugó las lágrimas, sonrió, y me dijo: "Pero somos cristianos. Así lo crié yo. Tengo que compartir su sueño."

"Y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños."

Hace unas pocas semanas, estuve en uno de los peores barrios del Bronx. El barrio es tan malo, tan lleno de violencia, que tengo que confesar que si yo tuviera que vivir allí me dedicaría a vender drogas para que me llevaran preso y me sacaran de allí. En medio de ese barrio hay una

pequeña iglesia. No parece ser gran cosa. Frente a la entrada de la iglesia hay montones de basura. El recinto mismo huele mal. Pero allí, en aquella iglesia que no parece ser gran cosa, se predica y se da señal de esperanza a un barrio que de otro modo hubiera perdido toda esperanza.

En aquella congregación hay un grupo de jóvenes profesionales. Son gente que se crió en ese barrio, pero que de algún modo ha podido salir adelante. Muchos de sus amigos que han tenido igual suerte se han mudado del barrio. La iglesia que antes estaba en la esquina también se mudó a otro lugar mejor. Pero ese grupo se ha quedado allí. Se han quedado porque están convencidos de que el Espíritu de Dios les ha llamado a dar testimonio quedándose, y proclamando una palabra de amor y de esperanza en un barrio donde no se oye sino palabras de maldición entre el clamor de las sirenas y los disparos de las armas de fuego.

"Necios", dicen algunos. "¿No saben que en ese barrio no hay esperanza posible? ¿No se dan cuenta de la magnitud del problema? ¿Por qué no se van mientras pueden? Son visionarios y soñadores. Están llenos de mosto."

Pero no. El texto nos dice que "sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán." Porque esto es lo que fue dicho por el profeta Joel, y lo que vimos en aquel día de Pentecostés, que Dios dará prodigios "arriba en el cielo, y señales abajo en la tierra", y hasta en los infiernos del Bronx.

Allá, en su celda de monje en Wittenberg, Lutero luchó con un texto. En su lucha con el texto, hizo un gran descubrimiento: "El justo por la fe vivirá". Y dijeron que estaba lleno de mosto. "Está lleno de mosto", dijo el Papa. "Está lleno de mosto", dijeron los teólogos y los eruditos. "Está lleno de mosto", dijeron los jerarcas de la iglesia.

¿Por qué? Por la misma razón por la que el anciano Zedequías dijo que aquellos primeros cristianos estaban llenos de mosto: Porque si estaban llenos de mosto, podía él irse a su casa muy tranquilo, como si nada hubiese sucedido. Si Lutero estaba lleno de mosto, bastaba con rechazar su doctrina, condenarle, silenciarle, y seguir igual que antes.

Pero si Lutero tenía razón, si es cierto que "el justo por la fe vivirá", la vida se nos complica. No se trata sencillamente de una doctrina más, que podamos celebrar y proclamar aquí esta noche, y luego regresar a casa igual que vinimos. Se trata, al contrario, de un Dios que nos invita a los deleites inigualables de la fe, pero que al mismo tiempo nos pone por delante los riesgos inevitables de esa misma fe. Si Lutero tenía razón, se trata de un Dios que nos salva y nos levanta con un SI sonoro y contundente, pero que al mismo tiempo aplasta y destruye nuestras falsas seguridades con un igualmente sonoro NO.

Y Lutero tenía razón.

Pobre Zedequías, aquel día de Pentecostés. ¡Los tesoros que tuvo a su alcance! Y los dejó pasar. Los dejó pasar porque estaba demasiado cómodo para lanzarse a una nueva aventura; porque pensó que estaba demasiado viejo para volver a soñar.

Pero no. No hay uno solo de nosotros aquí que esté tan viejo que el Espíritu no pueda inspirar en nosotros nuevos sueños. No hay uno solo entre nuestros jóvenes a quien el Espíritu no pueda dar una visión de vida nueva. No hay una iglesia aquí representada que esté tan segura en su doctrina, o en su organización, o en lo que sea, que el Espíritu no pueda sacudirla, llamándola a nueva obediencia y vida nueva.

Esto fue lo que anunció el profeta Joel. Esto fue lo que proclamó el apóstol Pedro. Esto fue lo que experimentó el reformador Lutero. Esto es lo que hemos de creer nosotros, si hemos de ser fieles al profeta Joel, si hemos de ser fieles al apóstol Pedro, si hemos de ser fieles al reformador Lutero. Pero, sobre todo, si hemos de ser fieles al Señor de Señores y Rey de Reyes, cuyo Espíritu se derrama sobre toda carne, para crear entre nosotros iglesia nueva, vida nueva, realidad nueva. ¡Que así sea!